

Eugenio Sáenz de Santa María Cabredo

EL RUMOR

El Rumor, que sólo es un puñado de palabras casi sin peso, sale de la sala de juntas de la Facultad enganchado en el tirante del sujetador de la secretaria del Decano, *esa chica tan mona, siempre tan arregladita*, se deja resbalar por su blusa de seda y permanece unos minutos junto a la fuente que inauguró el Rector en el claustro del edificio de filologías árabes, donde un grupo de becarios escucha música en sus MP3 ajenos a que El Rumor se nutre, engorda y se expande con los comentarios de dos profesores titulares de ingeniería mecánica que fuman junto a ellos, *me han dicho que es cosa hecha, puro trámite, que él ha dado su palabra, y ya lo conoces cuando se empeña en algo*. El Rumor se entretiene jugando unos instantes con las volutas de humo de los cigarros, gira, parece que va a desaparecer en ese cielo tan azul y tan intenso, pero se repone con el aroma de tabaco y se cuelga por la ventana de un cuarto de baño que da al patio, donde la secretaria del Decano se arregla el rimel por vez enésima mientras se sincera con la que cree su mejor amiga. El Rumor se acomoda en el bolso Louis Vuitton de la supuestamente mejor amiga de la secretaria del Decano, que en cuanto la pierde de vista por los pasillos de la Facultad, no deja pasar un minuto en coger su móvil último modelo que se compró con cargo a un proyecto FEDER y llama a su verdadera amiga, comadre, confidente, y le pone al día de lo divino y lo humano,

ya te digo yo que no llega a diciembre, si me apuras no pasa del Pilar, está muy quemado y sólo quiere dedicarse a su investigación, a sus alumnos. El Rumor, que ahora tiene código binario y la velocidad fulgurante e inimaginable de los latigazos eléctricos, llega hasta el edificio de la Facultad de Ciencias Jurídicas y se queda amodorrado en forma de SMS en el teléfono del profesor asociado de Estructuras y Análisis II de LADE, que no se entera de las noticias hasta después de la clase de las once, un poco antes de ir a la cafetería donde ha quedado con el Vicerrector de Estudiantes, un amigo de la infancia, *como comprenderás no puedo decirte quién me lo ha contado, dada tu posición había que andar con pies de plomo*. Ajeno a la discreción del profesor El Rumor se va propalando como un incendio mal sofocado porque el encargado de la fotocopidora, que toma su segundo carajillo de la mañana, ha oído todo y no puede dar crédito. Su sólida formación como jugador de mus le impide que se mueva músculo alguno de su rostro, y permanece hierático como durante esas partiditas matutinas en el almacén de la Facultad. Aguanta el tipo mientras El Rumor se empapa del aroma del coñac y se deja acariciar, remolón, con el runrún de la cafetería, *y luego dicen que los del PAS siempre estamos de fiesta, hay que ver cómo está la casa, pues lo que te cuento, que se ha pedido por escrito a la Comunidad Autónoma, y que si no sale va a ser*

porque el muy cabrón no termina de dar su brazo a torcer. Envuelto por la fragancia carísima que derrocha la bella asesora jurídica y que compite en desigual batalla con el olor pesado de las fritangas, El Rumor zigzaguea entre los habituales de la barra, *me han pedido un informe del asunto y no sabes la cantidad de jurisprudencia que hay al respecto, pero creo que tengo la clave.* La coordinadora del servicio de asuntos generales escucha atónita las noticias mientras El Rumor se enreda entre sus piernas sinuosas. Piensa que quien mejor debería saber algo sobre el asunto es el Gerente, le llama para pedirle una confirmación y lo encuentra tomando café en un bar cerca del campus, *tú tranquila, de eso no hay nada aún, tenemos que hacer un estudio y luego comprobar la viabilidad, tengo pendiente una reunión con el Comité para nombrar una comisión, ya te contaré.* El Rumor se queda detrás de la oreja derecha del Gerente, que no desprecia ninguna información y se mezcla con otros cientos de habladorías y verdades a medias que lleva encima de los hombros. Como en el fondo es un sentimental, se confía al sigilo de la becaria con la que está tonteando desde el comienzo del cuatrimestre, una chica con talento y un culito respingón que quita el hipo, quien no pierde ni un minuto en despedirse de él e irse a la sede de la asociación y largar todo lo que sabe, porque es lista y sabe lo que le conviene, *tiene que pasar por el Consejo de Gobierno y puede que hasta lo lleven al Claustro, pero no pasa de este curso, como mucho del que viene.* El presidente del Consejo de Estudiantes se mesa los cabellos recién lavados por su estilista y se ajusta las gafas Dolce & Gabbana, carraspea y decide subirse a su BMW deportivo para darse una vuelta ya que no sabe cómo encajar la noticia. El Rumor le acompaña en su indecisión

porque nunca ha viajado a bordo de un deportivo, se deja acariciar por los asientos de cuero y asiste impávido a la desgana calculada con la que el presidente del Consejo de Estudiantes conduce por el campus, saludando con su mano izquierda a no todos de cuantos se va encontrando por el paseo entre los edificios de las facultades: gesto ligerísimo para aquel corrillo de los de filosofía que le quieren arrebatar la presidencia; saludo efusivo con toque de claxon para el director del departamento; indiferencia con mohín de hastío para el grupo Alternativa Roja, unos desarrapados que desde las fiestas de la facultad de veterinaria le incordian con las letras de sus canciones y su aspecto de *heavies* trasnochados.

Cuando ya tiene casi decidida su estrategia (no hay nada como un paseo en BMW para aclarar las ideas y tranquilizar el espíritu) se acuerda de que estaba invitado a la lectura de la tesis de la hija del Vicerrector de Nuevas Tecnologías, algo de matemáticas, y aunque el tema le aburrirá sin duda, el cóctel que se servirá en los pasillos del paraninfo seguro que atrae a lo más granado de la universidad. Aparca en el espacio reservado a los discapacitados y entra en el edificio sin saludar al conserje, un hombre mayor al borde de la jubilación que no obstante el desaire le desea muy buenos días.

El Rumor, que se había quedado transpuesto en la guantera del deportivo junto al estuche de las gafas, la documentación del vehículo y un frasquito de Jean Paul Gaultier que el presidente lleva siempre encima por si hay que acicalarse de urgencia, sube las escaleras de mármol y salta del pantalón Ralph Laurent del presidente al vestido Ángel Schlesser de la esposa del Director de la Escuela Superior de Ingeniería, quien luce la prenda sobre unos hombros desnudos y bronceados que

despiertan la admiración de ellas y el deseo callado de ellos. El Rumor juguetea con los tules de la falda mientras se va nutriendo de las conversaciones del salón que precede a la sala de grados, *a mí me lo contaron la semana pasada y no dije nada porque ya sabes como soy yo para las habladurías*, pasa del vestido vaporoso y rojo a un traje de raya diplomática de un notario amigo de la familia de la doctoranda que no le quita ojo a la secretaria del decano, que se ha cambiado para la ocasión y ahora luce un traje de chaqueta que le realza el busto, *si ya se sabe a dónde ha llegado ésta y gracias a qué*. El conserje da unas palmadas e indica al público que pueden ir pasando.

El acto termina, tras una necesaria pero breve discusión del tribunal, como no puede ser de otra forma: máxima calificación cum laude para la hija predilecta del Vicerrector, que recibe felicitaciones, besos y cachetitos de alumna aplicada en la mejilla. El Rumor se ha quedado dormido entre conjeturas de Poincaré, tendencias al infinito y la polícroma representación de los números fractales que han proyectado con el cañón de vídeo. Se despreza cuando los bedeles comienzan a recolocar las sillas en la Sala de Grados, pues se había quedado amodorrado sobre el óleo de uno de los rectores de la etapa preconstitucional, se espabila y se entremezcla con los comentarios soeces de los trabajadores que aguantan las risas cuando pasan la mujer del decano y tras ella su secretaria, *si esa supiera por qué se queda el marido hasta tan tarde en la facultad, ahora, que a mí no me extraña, lo que es yo, pasaba la noche*. La secretaria del decano vuelve a portar sobre su traje el último coletazo del Rumor y le entristece cuando oye de refilón las burlas de los bedeles: sólo ella y el decano saben la verdad. Sólo ella sabe el trabajo, el esfuerzo

y las horas que le ha robado al sueño para llegar a ser secretaria, con su licenciatura, su doctorado, sus tres idiomas, su belleza, un mérito que no consta en su currículum, pero que le precede inevitable. Y su secreto, que no nutre ningún rumor porque nadie sabe que ama, aunque en silencio, a la profesora de marketing del departamento de Economía y Empresa.

Cuando aún no se han acabado las croquetitas de jamón, cuando las copas de champán aún burbujan, una parte de los invitados a la lectura de la tesis tienen que abandonar el paraninfo con prisa porque hay convocada una sesión del Claustro con carácter extraordinario. Se encaminan hacia la sala con El Rumor revoloteando sobre las preclaras cabezas, *seguro que sacan el tema en ruegos y preguntas, aunque no proceda, porque el asunto se las trae*. El Rumor se va transformando y muda su ser durante el trayecto entre los dos edificios y el tiempo que tarda en comenzar la sesión: rumor, secreto a voces, hasta alcanzar la categoría de verdad incontestable. *Te lo digo yo, que lo sé de buena tinta*.

La sesión se desarrolla sin incidentes y con rapidez porque sólo se trata de aprobar el reglamento de régimen interno de la Defensora Universitaria. Antes y después del acto, El Rumor sube y baja entre los corrillos de los claustrales: los doctores hablan condescendientes con miembros del resto de personal docente y aunque no lo dicen, un brillo aristocrático ilumina sus pupilas. Los tres estudiantes presentes en la sala miran a un lado y a otro porque no saben qué hacer. En lo más alto de la bancada, como unos *sans-culottes* con vaqueros, los representantes del PAS al completo ultiman sus inútiles estrategias entre susurros y risitas mal disimuladas.

Desde allí El Rumor pierde el equilibrio cuando se mezcla con una conversación informal de dos Vicerrectores que no logra comprender, *la CRUE ha decidido no posicionarse con la LOU, para no interferir en el plan del G9 y buscar los fondos FEDER con el MEC y la CAR como avales, además hay que tener en cuenta al delegado de la RSC, por si tiene algún matiz que añadir, ya sabes como es...* Cuando llega al final de las gradas está aturdido por las siglas y los datos económicos, por lo que decide cobijarse en el oscuro bolsillo de la chaqueta del Rector, que abandona el Aula Magna acompañado por un catedrático de Matemáticas que se empeña en comentarle sus últimos alardes culinarios, *no sabes cómo me queda la lubina, un día tienes que venir a casa, te chuparás los dedos.* El Rector se disculpa y va hasta la entrada de su despacho porque aún tiene que repasar los documentos que se le van acumulando en la mesa de su secretaria.

Cuando el Rector magnífico coge la pluma para firmar la Resolución y antes de estampar su rúbrica, comprueba que la Secretaria General haya dado el visto bueno con su exuberante firma, se queda un poco pensativo y evoca a su filósofo de cabecera. Ha oído rumores, conversaciones de café, *se ha llegado a decir que tú estabas detrás de todo, como comprenderás lo desmentí, pero en la Consejería de Educación debe ser un secreto a voces.* Después de ocho años en el cargo aún le quedan catedráticos leales que le cuentan lo que no se cuenta. Hay quien, después de todo este tiempo, incluso le dice la verdad. Sonríe. Son sólo rumores. Y firma.

(Relato ganador del I Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria "Universidad de Córdoba" 2007)

